
LA UNIVERSIDAD NACIONAL HOY Y MAÑANA

Por
Gerardo Molina

En Octubre de 1944, al presentar ante el país el primer número de la Revista Universidad Nacional de Colombia, decíamos que con esa publicación la Casa de Estudios que teníamos el honor de regentar aspiraba a situarse en el plano que le es propio: contribuir al avance y difusión de la cultura y de la ciencia. Y agregábamos: "En contraste con lo que ocurría en la Edad Media, cuando el ideal que avasallaba a los espíritus era el de crear una cultura sin raíces en la vida, una cultura segregada del mundo, la Edad Contemporánea comprende que las realizaciones de la inteligencia sólo tienen sentido y valor si se conjugan con la sociedad y con el pueblo, cuyos esfuerzos las hacen posibles. Y supera también la Universidad al seguir esa conducta, la postura humanística del Renacimiento, cuando se consideraba que los sectores populares no merecían participar de las conquistas mentales. Cultura en función de la sociedad y al servicio del pueblo, hé ahí el punto a que se ha llegado por los hombres que siguen siendo fieles a la causa de hacer evolucionar a la humanidad hacia formas superiores de existencia.

"Esto explica también por qué en las universidades está tomando tanto cuerpo un servicio nuevo, el de la Extensión Cultural. Comprenden aquéllas que al lado y tal vez por encima de su misión clásica de formar profesionales, investigadores y dirigentes políticos, está el objetivo de asesorar y adoctrinar a las masas que no tuvieron el privilegio de llegar a los claustros. Se presenta así una inversión por demás interesante en las faenas de la Universidad, que de ser un organismo a la expectativa de los alumnos que ingresan a ella, se transforma en una institución volcada sobre la nacionalidad, en un poderoso impulso de diseminar sus enseñanzas, para corresponder al esfuerzo silencioso de las gentes que hacen viable su funcionamiento."

Esas palabras, a las cuales seguimos siendo fieles, son oportunas ahora cuando después de once meses de clausura, nuestro claustro abre de nuevo las puertas para que se desarrolle la actividad combinada de catedráticos, de investigadores y de alumnos. Con mayor razón que hace cuarenta años, la ciencia, y su derivado práctico, la tecnología, están hoy en el centro de los afanes de

todas las naciones. Las que están en la posibilidad de crearlas en vasta escala, ven en ellas un instrumento de dominación mundial. A su turno las naciones medianas como Colombia, y las más débiles, saben que si no impulsan esas tareas carecerán de la verdadera soberanía, aunque sean satisfactorios los logros en la explotación de sus recursos. Hoy, como en los tiempos de Bacon, saber es poder, con el aditamento de que tienen más valor los conocimientos adquiridos en el interior de cada sociedad que los traídos de fuera.

De 1.944 a nuestros días, la Universidad Nacional se ha enriquecido con el aporte de catedráticos meritorios. Fue en aquélla época cuando empezó a funcionar el sistema de profesores de tiempo completo, sin que nadie pudiera imaginar entonces el desarrollo que alcanzaría esa reforma. La pregunta que aflora es la de si el esfuerzo presupuestal que se hace para mantenerla, tiene la debida correspondencia. Las dudas son grandes. Por algunos profesores que sí dan el rendimiento esperado, hay muchos que se limitan al cumplimiento mecánico de sus funciones. De ese modo el plantel corre el peligro de colocarse en el simple nivel de profesionalismo, sin que haya un salto cualitativo de la ciencia y de la cultura por obra del impulso que viene de la cátedra.

Lejos de nosotros proponer que se vuelva al sistema en que el docente sólo tenía contactos pasajeros con sus discípulos. Es inmenso el avance que representa el profesorado de tiempo completo, por lo cual es preciso insistir en que el personal que se encuentra en esas condiciones obre bajo el acicate de la creatividad. Cuestión de tener mística? Quizás. Pero la dotación suficiente de bibliotecas, de laboratorios y ficheros, y los intercambios con instituciones similares del país y del exterior son el prerequisite para que floren las vocaciones en el terreno que nos ocupa.

A más del profesorado de tiempo completo, atienden al requerimiento de enriquecer el saber los cursos de postgrado. Ellos sirven no sólo para formar los profesionales especializados que exige la vida moderna, sino para preparar los docentes que cada establecimiento necesita y para descubrir las inteligencias orientadas hacia la inves-

tigación. El llamado cuarto nivel es entonces pieza maestra de las Universidades de nuestro tiempo. Las que se limitan al pregrado o a esporádicos cursos de post-grado, pierden de hecho la batalla de la competencia.

La Universidad Privada

Lo anterior adquiere caracteres de evidencia, si lo relacionamos con el progreso espectacular de la Universidad Privada. Hasta 1.948 la enseñanza superior estuvo caracterizada por la preeminencia de los planteles del Estado. Pero el cambio político iniciado en 1.946, y el retroceso a que dio lugar el período de la violencia, trajeron consigo el predominio numérico de las Universidades particulares y su hegemonía en lo que mira a la cantidad de alumnos.

Como consecuencia de esta realidad inquietante se ha producido el fenómeno de que el poder público se ha ido desentendiendo de la obligación de atender a sus Universidades. Para qué mejorarlas, parece ser el raciocinio, si hay tantas privadas que pueden prestar el servicio con menos costo y sin crear problemas de orden público?. La consideración del nivel de la enseñanza que se preste ha pasado a segundo término. Lo importante, desde la óptica oficial y de la opinión externa, es que las Universidades "funcionen". Cuando ésto se dice, no cuenta para nada la circunstancia de que muchos de los planteles privados son mediocres y de que aunque algunos de los institutos oficiales sufran conmociones y clausuras, la calidad de su enseñanza sigue siendo superior. No hay duda a ese respecto de que la Universidad Nacional se mantiene en primera línea, por sus instalaciones, sus profesores y sus equipos, y por aquéllo de carácter inmaterial pero positivo, que se llama "el ambiente".

En documento bien elaborado, los profesores del Departamento de Odontología de la Universidad Nacional, explican que la multiplicación de Universidades privadas se debe principalmente a la aparición de las clases medias como consumidoras de educación superior, fenómeno que es de los últimos cuarenta años. Ante esa nueva demanda, algunas personas o entidades particulares, para proteger sus intereses económicos, culturales o religiosos, procedieron a fundar planteles de ese orden. El hecho fue que ese esfuerzo se volvió en contra de lo que deseaban las clases medias, pues el costo de las matrículas llegó ahí a tales niveles que con dificultad pueden sus hijos inscribirse en esos establecimientos. Sólo la Universidad pública está en condiciones de recibirlos, mediante el propósito de ampliar los cupos, para utilizar inclusive en las horas nocturnas, los edificios, laboratorios y bibliotecas que permanecen ociosos parte del día. Esto supone, desde luego, más recursos presupuestales, y sobre todo, por parte del Estado, una definida política universitaria.



FRANCISCO ROCCA. Sin Título. Lápiz Grafito. 85 x 66 cms. 1971.

Una política universitaria

Por la explosión del número de las Universidades privadas y por la frecuencia de los conflictos en el seno de las públicas, el Estado se ha alejado de las últimas. En el centro de la crisis universitaria de hoy está la carencia de una política digna de ese nombre por parte de los poderes públicos. No es propiamente una política el hecho de que el Ejecutivo proponga y el Congreso vote cada año unos créditos, por lo demás insuficientes, con destino a esos servicios. La política que echamos de menos es algo más: consiste en que como en los buenos tiempos de López Pumarejo, los claustros universitarios sientan que los responsables del mando los respaldan, que los consultan acerca de la solución de ciertos problemas técnicos, que reconocen su autonomía y defienden su patrimonio moral ante los ataques externos de que las Universidades son víctimas. La realidad de los últimos lustros es la de que los gobiernos permanecen impasibles entre los tropiezos de los establecimientos educativos, y lo que es peor, que miran cuanto allí acontece desde la óptica del orden público. Militarizarlas o cerrarlas es el

recurso favorito, sin buscar previamente la solución, mediante el diálogo, de los problemas que surgen en una época cargada de tensiones.

Pero no sólo los dirigentes del Estado se han distanciado de las Universidades oficiales. También los líderes políticos, aunque muchos se hayan formado en ellas. Los dos últimos decenios marcan ese alejamiento. Al politizarse el estudiantado, por el impacto de la revolución cubana, de la lucha guerrillera y del enfrentamiento de las ideologías, los miembros de la clase política comprendieron que habían perdido el favor de las nuevas generaciones, y en vez de librar la batalla para recuperarlo, por medio de programas avanzados, tomaron el camino fácil de ignorar lo que acontecía en las aulas. De ese modo observamos que en los torneos a que da lugar la renovación de los Cuerpos Legislativos o de la Presidencia de la República, el tema de la Universidad no aparece, cuando debería ocupar puesto preeminente. El resultado es que los elegidos se sienten exonerados del compromiso de trazar y realizar una política universitaria.

Pero ella es indispensable, por no decir apremiante. Para obtenerla, las Universidades públicas deben constituirse en grupo de presión, a fin de conseguir que cuanto a ellas atañe figure en primer término en el quehacer de los gobernantes, de los partidos y de la opinión pública. Dichas Universidades públicas deben por tanto lanzar una ofensiva para rescatar el puesto que merecen, mediante la divulgación de sus logros en el terreno de la investigación, en el mejoramiento de sus niveles académicos, en su vinculación con la sociedad y en su decisión de impedir que los grupos terroristas y anarquistas que han venido operando en ellas, vuelvan a imponer la ley.

En conexión con este aparte, es del caso llamar la atención hacia el hecho de que las Universidades públicas han perdido el liderazgo en la formación de los conductores de la Nación y de los comunicadores sociales. Con inteligencia que es preciso reconocer, las Universidades privadas han impulsado las carreras de Ciencias Políticas y de Ciencias de la Comunicación. Así, en los últimos años, ellas han sido el almacigo de donde salen los Presidentes de la república, los candidatos a ese cargo, los Ministros y los comunicadores sociales, que son los que manipulan la información y los conceptos que llegan al pueblo. Es válido entonces el llamamiento a que las Universidades estatales den a dichos estudios atención preferente, so pena de perder definitivamente el liderazgo en una área que configura los destinos de la nación.

Hemos hablado de la conveniencia de que las Universidades públicas se unan en un frente. Asociadas, pueden conseguir lo que aisladamente no está en sus manos: organizar servicios costosos como el de adquisición de imprentas, constituir bibliotecas especializadas, contratar profesores extranjeros, establecer una sola política para el tránsito de los bachilleres a los estudios superiores, unificar los pénsumes y planificar los estudios para no repetir carreras y no permitir que en algunas de ellas haya hipertrofia de alumnos.

El Conflicto Universitario

Sobre este tema se ha escrito mucho y no hay nada que agregar al ensayo del sacerdote y sociólogo salesiano Jaime Rodríguez, incluido en el libro *"Universidad Pública o Universidad Privada ?"* Lo que sabemos es que la conservación de la paz en ese medio es uno de los problemas centrales de nuestros días, partiendo del hecho de que la paz no significa ausencia de conflictos sino la existencia de canales para ventilarlos. El estudiante trae del ambiente familiar preocupaciones que se amplían al moverse en una atmósfera por esencia crítica como es la Universidad. Y si en la sociedad operan fenómenos como el de la guerrilla, el narcotráfico y la pauperización de las masas hasta degenerar en el lumpen, es inevitable que las instituciones culturales se resientan de esas perturbaciones.

La sociedad es hipócrita cuando censura la quema de vehículos y los daños a edificios o a terceros, como si se tratara de inventos de los centros de enseñanza. La realidad es que la causa de todo ello está en el medio social, violento en alto grado, y aún se encuentran en el Estado, igualmente violento, porque tolera desigualdades aberrantes entre los asociados y porque recurre a la fuerza armada para reprimir la protesta.

Ante la necesidad de una nueva vida, en la que el conflicto no alcance esos extremos, las gentes que trabajan dentro de la Universidad deben movilizarse para prevenirlo. La sensibilidad nacional es hoy propicia para ese nuevo comportamiento. Los progresos que se están haciendo en el caso de las guerrillas, a pesar de innúmeras dificultades, tienen que traer consecuencias al tocar con la Universidad, terreno más favorable, por lo mismo que está acostumbrado a que se despliegue la inteligencia. El diálogo es la fórmula, siempre que se practique con honestidad y sinceridad.

La política perseverante de las directivas universitarias en ese sentido, la colaboración de las diversas agencias del Estado, la constitución de cuerpos representativos de los alumnos con autoridad para controlar las manifestaciones anarquistas, la presión de los profesores sobre los educandos y el regreso de éstos a los cuerpos directivos del plantel, el aporte de los medios de comunicación, para que en vez de agrandar los excesos en los recintos universitarios destaquen la parte positiva, todo esto puede llevar a la reconciliación de los claustros con el medio en que laboran.

Todavía padecemos los efectos del acto irreflexivo del Presidente Lleras Restrepo, cuando en 1.966 suprimió el Consejo Estudiantil de la Universidad Nacional y disolvió la Federación Universitaria Nacional, que era la entidad más representativa de los estudiantes. Estas medidas vinieron como respuesta al rechazo por los jóvenes de la visita del Presidente y del señor Nelson Rockefeller al campus universitario. Desde entonces se patentizó la

acefalía en el sector estudiantil y se generalizaron los allanamientos de dichos predios por las fuerzas armadas, junto con la animadversión de los responsables del poder público hacia los establecimientos educativos.

Ya hay avances en el camino de las rectificaciones: los profesores de la Universidad Nacional, en documento público, afirmaron en 1.984 que hay dos modelos básicos en la gestión del claustro: el diálogo o la militarización. La experiencia ha demostrado que esta última fracasó, cosa que igualmente ocurrió en el manejo de la cuestión guerrillera. Queda despejada la ruta para la otra alternativa.

A su turno los estudiantes de la misma Universidad, en Foro celebrado en Agosto de 1.984, se comprometieron a crear las condiciones para la reapertura de ella en un ambiente de convivencia. La condición que ponen es la muy lógica de que se les facilite la manera de participar en la conducción del establecimiento. El país debe registrar con alborozo que desde esa zona haya salido el repudio de la violencia y que se apele a maneras civilizadas para resolver las materias contenciosas.

La autonomía

La autonomía se entiende hoy como la prerrogativa de cada centro de estudios para darse las normas que regulan la convivencia de sus diversos estamentos, normas que además hagan efectivas las libertades de cátedra y de investigación, y que provean el modo de desarrollar los planes académicos y administrativos y de ejecutar el presupuesto.

No se le debe dar a la autonomía el sentido de que la Universidad es del todo independiente del gobierno. Para quienes entendemos el Estado como la instancia que define los rumbos del respectivo país, es obvio que él no puede desprenderse del área donde se capacitan nada menos que las nuevas generaciones, con tanto mayor razón cuanto que los planteles no disponen de recursos propios, suministrados por particulares, como ocurre en otras latitudes.

El problema se plantea hoy en términos inequívocos: La Universidad pública debe aceptar la presencia del gobierno en su Consejo Directivo, pero afirmando que cuando aquél dispone la clausura del establecimiento o su ocupación por los cuerpos castrenses, está violando esa autonomía, digamos relativa, que el claustro ha obtenido en cincuenta años largos de lucha. Como aseveran los profesores, también conspira contra la autonomía toda manifestación de terrorismo dentro de los campus, porque eso acarrea la intervención del aparato militar. Como se ve, la autonomía es algo extremadamente frágil, difícil de manejar, que exige relaciones especiales entre la Universidad y el aparato gubernamental.

Al tratar este punto, es indispensable aludir a la necesidad apremiante de reformar el Acto Legislativo de 1.968 que entregó al Presidente de la República, a los Gobernadores y a los Alcaldes, según el caso, la provisión del cargo de Rector. La devolución a la comunidad universitaria del derecho de designar su funcionario supremo, en la forma que determine la ley, es medida inaplazable en el empeño de hacer efectiva la autonomía en un aspecto particularmente sensible.

Universidad y medio social

La Universidad no debe circunscribir su función a velar por los intereses de la población matriculada. Sus obligaciones con el medio social respectivo son igualmente comprometedoras. Señalamos tres:

a) Sus profesores, técnicos y alumnos están llamados a prestar un servicio extramural de grandes dimensiones, para lo cual deben ir en busca de las gentes que no tienen la fortuna de inscribirse en los cursos. Los arquitectos deben asesorar a los vecinos de los barrios en los asuntos propios de su especialidad; igual cosa pueden hacer los médicos y los odontólogos en el ramo de la salud, los asistentes sociales como consejeros de las amas de casa para el cuidado de los hijos, los abogados como asesores en la aplicación de la ley, y así sucesivamente.

b) Ahora, cuando el gobierno del Presidente Betancur ha promovido una campaña nacional para eliminar el analfabetismo, la Universidad debe desplegar todos sus efectivos como alfabetizadores voluntarios, previo el entrenamiento que ya existe para borrar esa vergüenza nacional. Los estudiantes pueden obtener créditos en su curriculum, según el servicio que aporten. Y

c) Si la Universidad pública debe ser asesora del gobierno en muchas cuestiones técnicas, también debe serlo del sector privado. Creemos que ha llegado el momento de que se rompan los tabiques entre la enseñanza superior y la empresa privada. Esta puede obtener economías en sus gastos de funcionamiento si se dirige en busca de asistencia a entidades que tienen cuadros especializados, laboratorios y bibliotecas. Dicha empresa puede informarle a la Universidad las deficiencias que anota en los profesionales que emplea y sugerirle cambios para que marche mejor la industria. La Universidad francesa, tan celosa de sus fueros, está procurando ahora lo mismo. El ejemplo es digno de ser imitado, si eliminamos los complejos que se han creado entre nosotros en tantos años de aislamiento. El criterio que nos guía es el de que la Universidad, a tiempo que trabaja para bienes más altos, como es el de la creación cultural, debe ser artífice del desarrollo. Por eso necesita aportar, como todas las Universidades del Tercer Mundo, materiales para la construcción de ese edificio.